

en el Infante ocupe mis cuidados,
primero que consiga
su aborrecible intento,
será sólido el viento,
la noche del planeta cuarto amiga,
retrocediendo para nuevos daños,
el cielo, el sol, los ríos y los años.

DON JUAN.

Tan lejos de creer que hablas de veras,
tan fuera de pensar que te has mudado,
escucho tus quimeras,
que á sueño los oídos persuado,
y mientras no te veo
y la voz disimulas,
ó que te finges la que no eres creo,
ó que, engañosa, mi temor adulas,
ó que si desmentiste
el natural, liviano en las mujeres,
trocando lo que fuiste por lo que eres,
por lo que eres desprecias lo que fuiste;
porque prodigio fuera
que en ti perseverara
constancia que venciera,
firmeza que triunfara
y amor impersuasible,
que mujer y firmeza no es posible.
Aún no ha pasado una hora
que al consagrado nudo
tu mano aduladora
necesitarme pudo,
¡y tan presto, ¡inconstante,
desenlazarla intentas!
Olvidarásme amante,
llorara yo rigores y no afrentas;
pero piadosa, ingrata, hubieras sido,
si agravios no añadieras á tu olvido.

DOÑA JOSEFA.

Crúel, ¿luego á mis males,
de la Condesa esposo,
añadiste imposibles conyugales?
¡Ah cielo riguroso!
¿De qué sirven industrias, trazas, medios
que en vano amor me advierte,
si después de la muerte
salen desesperados los remedios?
Sacad luces, criados;
alumbren mis quimeras resplandores,
pues ya, desengañados
ardides de mi amor, quieren rigores
quitarme en su venganza
aun el frágil favor de la esperanza.

ESCENA X

Salen ENGRACIA y BUÑOL con luz.—DICHOS.

BUÑOL. Engracia, ¡voces y á escuras!
Soplónizado nos han.

JUAN. ¡Marquesa!

JOSEFA. Ingrato don Juan,
ya que mi vida aventuras
con la desesperación
del hallarte enajenado,
ya que imposibilitado
das á mi muerte ocasión,

no la des á la venganza;
que esta noche, si resistes
á tu enemigo, entre tristes
obsequias de mi esperanza.
te han de acabar; esto es cierto.
Sal de tan confuso abismo,
redímte tú á ti mismo,
vive ingrato, y no fiel muerto.

JUAN. Marquesa: aun así rehusó
ofender mi esposa bella.

BUÑOL. ¡Cuerpo de Cristo, con ella!
¡Miren qué marido al uso!
Que hay muchos que por mudar
ropa limpia en todas partes
se desposan cada martes.
Sé marido titular,
pues no nos cuesta dinero.
ENGRAC. Señor: ¿por qué desestimas
remedios con que redimas,
burlando al Conde severo,
tu vida y la de tu esposa?
Testigos somos los dos
de este engaño.

BUÑOL. ¡Aquí de Dios!

Esto de morir, ¿es cosa
de sorber huevos? Acaba:
mira que el Infante llega.
JUAN. Desesperado es quien niega
la fe que tu amor alaba.
A seguirte estoy dispuesto;
será de hoy más, señora,
mi vida eterna deudora
del empleo en que la has puesto.
¡Oh! ¿quién dos almas tuviera
para pagar con la una
de la Marquesa de Luna
la piedad más verdadera
que á historias dieron motivo?
JOSEFA. No hay favor que satisfaga,
don Juan, como el que, sin paga,
no está atenido al recibo.

ESCENA XI

Salen DOÑA ELENA y BELTRÁN.—DICHOS.

BELTRÁN. (Hablando aparte con Doña Elena, que
se queda asomada á una puerta.)
De suerte os ama el Infante
que, aunque indignado, os permite
vuestra casa; solicite
brevemente vuestro amante
la jornada prevenida,
que yo, como os ofrecí,
cumpliré la fe que os di,
aunque aventure la vida. (Vase.)

ESCENA XII

DICHOS, menos BELTRÁN.

ELENA. (Ap.) No alcanzo, confusos cielos,
el fin de mi suerte escasa;
sacóme el Conde de casa,
culpándome sus recelos,
¡y restituyeme ahora
cortés y amante! ¡Ay de mí!
Algún engaño hay aquí

que en su ofensa el alma ignora.
Pero ¿no es aquél don Juan?
La Marquesa, ¿no es aquélla?
¡Libre en mi casa y con ella!
Ya mis sospechas se van
convirtiendo certidumbres.
JOSEFA. ¿De qué sirve encarecerme
lo que confiesas deberme,
para aumentar pesadumbres?
No excedas de agradecido,
que si es mi vida la tuya,
cuando te la restituya,
suficiente paga ha sido
el permitirme llamar,
del modo que hemos trazado,
tu esposa.

ELENA. (Aparte.) ¿Cómo? ¡Ay, cuidado!
¿Esto venís á escuchar?
¡De doña Josefa esposo
don Juan, y que él lo confiesa!
¡Su vida de la Marquesa
deudora! Amor engañoso,
no me permitáis más viva;
salga el alma por los labios;
ponzoña son los agravios;
á su pena se aperciba
quien los engendra en mi pecho,
muera y mate mi dolor.

ESCENA XIII

Salen el CONDE, BELTRÁN y ESCUDEROS.—DICHOS.

BELTRÁN. (Hablando aparte con el Conde á otra
puerta.) Este es don Juan, gran señor.

CONDE. No lograrás satisfecho,
ingrato, desconocido
á tu lealtad, á tu ley,
á tu patria y á tu Rey,
y al favor que me has debido,
la fuga con que confirmas
delitos que disfrazaste,
y de tu padre heredaste;
tus papeles y tus firmas
disculparán la aspereza
con que el rigor te amenaza.
Mañana verá en la plaza
esta corte tu cabeza.

JOSEFA. Corta primero la mía,
si en tanta severidad
pierde el blasón la piedad
que en ti mi esperanza fía.
Don Juan, gran señor, se ofrece,
si tu indignación mitigo,
á desposarse conmigo:
lo que la envidia encarece
desmentirá de este modo;
no salga con su interés
la malicia: en estos pies
consiste mi amparo todo.
Alzad, señora, del suelo;
discreto don Juan ha andado
en valerse del sagrado
que en vos imita al del cielo.
Daos las manos, que yo doy

por ellas su libertad;
vuélvale vuestra beldad
á mi gracia, que desde hoy
agravios pongo en olvido.
JUAN. Si tanta suerte intereso
por esta mano que beso,
feliz mi desdicha ha sido;
en ella mi suerte fía
mi seguridad.

(Va á dar la mano á Doña Josefa y llega
Doña Elena.)

ELENA. ¡Traidor!

JUAN. ¿Y tu Dios, mi fe, mi amor?

JUAN. ¡Esposa del alma mía!
¡Vos presente y yo inconstante!
¡Yo cobarde y vos leal!
Perdone el riesgo mortal
que tiene el temor delante;
perdone el severo Infante,
la Marquesa compasiva,
la fortuna ejecutiva,
las plebeyas opiniones,
las piadosas persuaciones,
que sin vos quieren que viva;
que puesto que la clemencia
de la Marquesa me nombra
su esposo, no más que en sombra,
su consorte en la apariencia;
sombra que en vuestra presencia
se atreve á desposeeros
de los derechos primeros
que el tálamo pudo daros,
ni aun en sombra ha de agraviaros
ni en apariencia ofenderos.
Conde, en esta hermosa mano
dos almas enlaza amor,
cuyo nudo es el honor,
cuyo imperio es soberano;
desatarle será en vano,
mientras conformes y unidas
sus coyundas no dividas;
si á Alejandro has de imitar,
y el romper es desatar,
rompe el lazo á nuestras vidas.
Pero si el Rey te encomienda
su imperio, y toda tu acción
consiste en la obligación
de que por ti se defienda,
reino es mi honor; no pretenda
ningún tirano usurparle;
que sabrá mi fe guardarle,
y mi valor defenderle;
perderme por no perderle,
y morir por conservarle.

(Saca la espada y vase, llevándose á la
Condesa.)

CONDE. Id tras ellos, detenidos.

¡Que un hombre se atreva á tanto!

(Vase, y siguiente los que le acompañan.)

JOSEFA. Encubridlos, cielo santo;

noche oscura defendidos.

BUÑOL. ¡Oh, azadas toscas, oh bielos,

oh tasajos labradores,

seguros de estos temores!

¡Quién fuera vuestro gañán!

JOSEFA. Librese, cielos, don Juan,
y mátenme sus rigores.

ACTO TERCERO

(Sala de un castillo á corta distancia de Zaragoza.)

ESCENA PRIMERA

DON JUAN y DON ALONSO.

DON ALONSO.

Mándame que os sepulte en esta fortaleza, y, porque mi piedad no dificulte tan desconforme acción á su grandeza, le han de dar dos testigos fe de que muerto os vieron. No sabe que los dos somos amigos, y así la infeliz noche que os prendieron (si resuelto valiente, no advertido) me encargó vuestra guarda, y la aceté gustoso, porque ha sido acción de la amistad, cuando es gallarda, tomar por cuenta suya su suceso; pues á teneros otro que yo preso, ¿quién duda que al Infante obedeciera, y ejecutor de vuestra muerte fuera? En fin, amigo, en tan precioso extremo, temo al Infante; daros muerte temo; mas si admitís la traza que aventuro, vos viviréis, y yo estaré seguro. Ved si os parece cuerda, porque ó vos no perdáis, ó no me pierda.

DON JUAN.

Finezas habéis hecho por mi tan ventajosas, que, dejándose atrás las fabulosas de los Damones, Pilades, Zopiros, admirarlas podré, mas no serviros de suerte que á mi empeño satisfaga, que al primer beneficio nunca hay paga. Pero si con mi muerte sosiega la fortuna tempestades, y la enemiga suerte templá en mi esposa bárbaras crueldades con que el Infante intenta rendir su honesta fe para mi afrenta, ¿no son medios mejores que yo desdichas venza y vos temores? Tiénela sus crueldades retirada, de estados y opinión desposeída, y tan necesitada, que aun para lo forzoso de su vida desea la Condesa las sobras de la más mediana mesa.

DON ALONSO.

La desesperación es cobardía indigna del valor que el cielo os fía. Yo he de afirmaros muerto; un primo y un hermano tengo aquí, y sé de cierto que vituperan el rigor tirano con que el Conde os persigue; siendo mi sangre, pues, y ésta piadosa,

no es mucho que se obligue á fingir la tragedia lastimosa de vuestra muerte oculta. Persuadiránle, pues, que aquí os sepulta, en fe de su preceto, la noche, la obediencia y el secreto; mostráremosle luego ensangrentados los tres vuestros vestidos; sosegará el recelo sus cuidados; y con otros groseros y fingidos, huyendo de las manos de la muerte, tendrá que agradecerme vuestra suerte. O resolveos en esto, ó no os agravie que á mi noble trato os imagine ingrato.

DON JUAN.

Segunda vez por vos me engolfo, expuesto al mar de los peligros que excusara si en el sepulcro los depositara, porque alargar la vida á un desdichado no es piedad, es rigor disimulado. Pero, en efeto, amigo: mi gusto por el vuestro contradigo. Muera yo para todos; viviré para vos, para mi Elena; deberáos los alivios de su pena.

DON ALONSO.

Si; mas, don Juan, ya veis si el Conde alcanza que estáis libre por mí, que á su venganza me expongo.

DON JUAN.

Siempre anduvo recatado, don Alfonso, el amor acompañado de honor y de recelos advertidos. Perdedlos vos, y apercibid vestidos que deslumbren curiosas atenciones, pues sigo vuestras fieles persuasiones, entretanto que llega nuestro Rey, que me afirman que navega, Cerdeña sosegada, á Barcelona su triunfante armada; que en mi inocencia y su justicia espero ardir desdichas del Conde fiero. (Vanse.)

(Sala de una casa de campo cerca de Zaragoza. Sobre una puerta un retrato de don Juan de cuerpo entero.)

ESCENA II

DOÑA ELENA, en hábito muy llano. ENGRACIA, que saca una almohadilla y un azafate de labor.

ELENA. (Viendo á su criada llorar.) Yo, mi Engracia, te agradezco la lástima y compasión que deben á tu afición las desdichas que padezco; pero á los ojos perdona de tu fe tantas señales, que no son males los males que amor con gusto sazona. ¿Ves los temosos rigores con que el Infante crüel

intenta que de tropel su crueldad y mis temores den con mi firmeza en tierra? ¿Las culpas que á mi lealtad levanta la falsedad cohechada? ¿Qué me destierra presa á vista de la corte, porque el tenerla presente más mis pesares aumente, menos mis ansias reporte? ¿Los estados que me quita? ¿La hacienda que enajenada, y al fisco real aplicada, lo preciso me limita? ¿Parientes que se resuelven en usurparme mi estado, que para el que es desdichado deudas los deudos se vuelven? ¿El extremo á que me humilla, la estrechez con que estoy presa, pues necesita mi mesa socorros de la almohadilla? Pues aumenten desleales amenazas y rigores; que cuanto fueren mayores, hay un bien entre estos males con que endulzándose van, sin que igualen todos ellos al gusto de padecellos doña Elena por don Juan.

ENGRACIA. Yo que tus trabajos siento sin esa ayuda de costa, como tengo más angosta el alma y el sufrimiento, llevo sin paciencia el ver que si no labra ó dibuja curiosidades tu aguja, no tenemos qué comer.

ELENA. (Siéntase á hacer labor.) Penélope (porque ausente su consorte, los veinte años entretuvo con engaños tanto amante pretendiente), como no necesitaba de la tela que tejía, si de noche deshacía lo que con el sol labraba, no fué mucha sutileza (cuando la necesidad no apretaba en su lealtad cordeles á la pobreza) la de su ardid ingenioso, ni gran cosa deshacella, no habiendo de comer de ella. Dejola rica su esposo, que, para obligarla, basta y sobra; el milagro fuera hallarla, cuando volviera, perseguida, pobre y casta.

ENGRACIA. Para todo hallas salida. Celebre el mundo tu amor. Tus discursos y labor te alivien entretenida; entretanto que llevo ésta á quien medra en su barato, habla con ese retrato enamorada y honesta,

que es solamente el caudal que escapó del Conde Infante; tenle tú siempre delante, que no hay bien para ti igual. Daréme toda la prisa posible para volver á aliñarte de comer; que puesto que el hambre guisa manjares de sazón llenos, y para ella no hay pan malo, si no hallare otro regalo, los duelos con pan son menos. (Vase Engracia, y Doña Elena hace labor, mirando á veces el retrato.)

ESCENA III

Sale DON JUAN, de labrador, con capote de dos faldas y caperuza.—DOÑA ELENA.

JUAN. (Para sí al salir.) Deseo, en violencia tanta resistirme es por demás; los pasos que doy atrás, mi amor me los adelanta. Mi muerte se ha divulgado; este traje me asegura; teme mi corta ventura (si á la noticia ha llegado que no vivo, de mi esposa) ó que se quite la vida, ó que, pobre y perseguida, se rinda su fe animosa. Asegurarla es mejor, y excusará, de esta suerte, ó los riesgos de su muerte, ó los que teme mi honor. Pero ¡ay cielos! aquí está. ¡Que no exhalaran las flores de esta quinta, los olores que su hermosura les da! Mi muerte sin duda ignora, porque, á saberla, bordara el cambray desde la cara con las perlas que amor llora.

(Viendo que Doña Elena, con la aguja en la mano, mira el retrato.)

¡Dichosas persecuciones, pues compraron por barato las glorias para un retrato que envidian mis atenciones! Volved otra vez, prisiones; medrará con vuestra usura experiencias mi ventura, ya feliz, ya no crüel.

ELENA. (Abriendo la almohadilla y hallando dentro un papel cerrado.)

¡Válgame Dios! ¿Qué papel turbar mi quietud procura? ¡Ah Engracia! No es tan leal la fe que tu amor profesa.

(Lee.) «A doña Elena, condesa (¡ay cielos!) de Belrosal.» (Aparte.) ¡Qué prevenido fiscal de mis gozos fué el recelo! ¡Qué presto marchita el yelo las flores de mi esperanza!

JUAN.

ELENA. ¡Qué en breve el mar en bonanza se empieza á turbar, mi cielo! No habéis, vos, papel, venido á patrocinar mi honor; que indicios da de traidor el extranjero escondido; pero habéis, cuerdo, escogido el sitio que aquí os oculta, pues de su hechura resulta un sepulcro, y si se advierte, profeta fué de su muerte quien en vida se sepulta. Como la víbora envuelta á la flor, que el hortelano apenas la vió en la mano, cuando medroso la suelta, así asustada y resuelta tiemblo vuestra contagión: no os leerá mi turbación, que quien recela el engaño y le escucha, ya á su daño da tácita permisión. Volad, llevadle en pedazos á vuestro autor la respuesta.

(Hace cuatro pedazos el papel y arrójale.)

JUAN. (Aparte.) Hazaña que es tan honesta corónese con mis brazos: voy á darla mil abrazos.

ELENA. Pero..., inadvertencia mía, mas de mí mi amor confía, porque huir antes de ver del enemigo el poder es culpable cobardía.

(Levántase y coge los pedazos.)

JUAN. (Ap.) Detente, mi bien, no admítas indicios que la honra teme, pues mancha, cuando no queme, el fuego que solicitas.

ELENA. (Volviéndose á sentar y juntando los pedazos sobre la almohadilla.) Palabras al aire escritas, experimentad en mí que, puesto que audiencia os di, soy de la lealtad trasunto. Los rotos pedazos junto.

JUAN. (Aparte.) ¡Ah Cielo!

ELENA. Y dicen así: (Lee.) «En la muda obscuridad de esta noche sola, estriba, Condesa, que don Juan viva, y vos cobréis libertad. Feriadme vuestra beldad, y advertid que es sin provecho querer guardar en el pecho el honor que me resiste, porque éste sólo consiste en el nombre y no en el hecho.»

(Levántase.) Mientes, torpe adulador; que no es virtud suficiente la que celebra la gente si en sí no tiene valor.

(Vuelve á romper los pedazos del papel.) Hipócrita es el honor que temiendo al «qué dirán», de la opinión que le dan, inútil crédito espera.

JUAN. ¿Qué importa que don Juan muera, si muere honrado don Juan? (Aparte.) Gerte ha entrado; dilatemos á coyuntura mejor el manifestar, amor, de mi gozo los extremos; á la noche volveremos, donde pague mi ventura empeños de esta pintura, mostrando su original por una Elena leal la firmeza en la hermosura. (Vase.)

ESCENA IV

Sale Doña JOSEFA, de luto.—Doña ELENA.

JOSEFA. Condesa, don Juan es muerto; que piensa el Conde engañoso facilitarse esperanzas quitándolas este estorbo. Yo vi en su sangre bañados los vestidos generosos, flores de un Mayo apacible que ya ha secado el Agosto. Negará el Conde crueldades, ofreciéndote á tu esposo vivo y libre; que pretende este cambio en tus oprobios; pero si de estos ardides no sale su engaño airoso, cuando viudeces te enluten, está prevenido de otros que burlen tus esperanzas, prometiéndote, en retorno de posesiones presentes, imposibles desposorios. Alegará que, ya libre del cautiverio amoroso, que enajenó tus potencias en lazo al tálamo roto, mejoras, con él, de dueño, asegurando los votos que en sus futuras coyundas truequen tu pesar en gozos. Ofreceráte la mano; mas no, Condesa, no ignoro que en la sangre de tu dueño bañada, te cause asombros. Los escarmientos te enseñen que el deseo lastimoso vuela en promesas de pluma y cumple en plazos de plomo. Ejemplo casada diste, aquéste celebren todos; añade viuda á tu fama los prodigios mauseolos. No te acobarden los riesgos con que alevos testimonios se oponen á tu inocencia, pues tiene el tiempo dos rostros, y si te asombra el horrible enseñándote el piadoso, verás que, al fin, la verdad corre al engaño rebozos. No la pobreza que pasas te precipite tampoco:

riquezas y estados tengo dispuestos á tu socorro. Idolo de don Juan fuiste, como tal te reconozco; los bienes de los difuntos, plebeyos ó generosos, se ponen en almoneda; imagina, pues, que compro, en fe que eres prenda suya, su amor en ti, y que transformo en tu pecho mis cuidados; en él á don Juan adoro, la casa en que está la prenda, la joya y el escritorio. Ya se nos descubre el puerto, ya del conjurado golfo que tanto te ha derrotado la playa nos muestra Apolo. Si hasta ahora sufragaste, presto darán penas fondo en la venganza que espero del Rey afable y piadoso. Las costas de Cataluña, sosegado el alboroto de los sardes, nos le ofrecen en sus arenales rojos. En busca suya me parto; no creas que si me postro á sus siempre invictos pies, si en tu inocencia le informo, si del sangriento homicida las crueldades le propongo, sus desatinos le cuento y sus favores imploro, que á la sabrosa venganza niegue amparos, huya el rostro, iras temple, olvide insultos, mire ciego, escuche sordo. Mañana me parto á verle; alivia este plazo corto congojas con el deseo, que he de vengarte si torno; y adiós, amiga del alma, que este nombre nos es propio, pues ya en desdichas iguales tus mismas fortunas corro. (Vase.)

ESCENA V

Doña ELENA dirigiéndose al retrato.

No extrañéis, caro inocente, el silencio que en mis ojos niega conductos al llanto y al tormento desahogos, que penas que hallan salida rompiendo al pesar estorbos, y, para alivio del alma, pueden dilatarse al rostro, no son ansias, no son penas, aquel río, sí, es furioso que en la estrechez de la madre no se divide en arroyos; mortal, sí, aquel sentimiento que al corazón busca sólo, y, sin derramar sus fuerzas, arrastra un imperio angosto. Lloren pesares pequeños,

en fe de que son tan flojos que, desatándose en agua, libran la paga en sollozos; que si es quinta esencia el llanto de la sangre que provoco, á la venganza que intento y desperdicio el socorro que en ella mi agravio espera, ¿de qué suerte, caro esposo, conseguiré sus efectos si inadvertida la arrojo? Creyó el alevé homicida desanudar amorosos lazos que con verdes nudos medró la yedra en el olmo. Cortó sus ramas la muerte; mas, permaneciendo el tronco, puesto que seco y sin vida, ¿qué importa, si éste es su apoyo? No están sujetas las almas al cuchillo riguroso, ni á la duración caduca amor, de los cuerpos toscos. Inseparable con ella, se parte al clima remoto, donde eternice deleites y el pesar no asalte al gozo. Mi amor, malogrado mío, como accidente forzoso del alma, que tras vos vuela, os sigue á los dulces ocios de la quietud que os asista; que bien puede, aunque no en rotos lazos del cuerpo, buscaros en éxtasis y en arrobos. Vivo el engaño os me ofrece del Conde tirano, esposo, en cambio de la torpeza que le ha despeñado loco. Venzan engaños á engaños, ardides triunfen de oprobios, crueldades paguen crueldades, agravios castiguen monstruos. A la torpeza me llama con un papel y con otro; las ansias disimulando que dentro del alma escondo, haré que esta noche venga á dar motivo hazañoso á los libros, á las plumas, al escarmiento, al asombro, de que no siempre ha postrado al humilde el poderoso, el engaño á la inocencia, ni á la honestidad el oro; porque yo, prenda querida, serviré de ejemplo á todos de que no temen peligros finezas con que os adoro. (Vase.)

ESCENA VI

(Jardín de la quinta con salida al campo.) DON JUAN recatándose de Buñol, y éste detrás, buscándole el rostro.

Buñol. Hombre del diablo, ¿qué quieres, que no hay echarte de aquí?

¡Una hora andando tras ti,
y nunca saber quién eres!
Sombra, trasgo, labrador,
mirémonos por su tanda;
que parece que se te anda
la cabeza alrededor.

(Búscale por los hombros la cara.)

Habla siquiera tantico.
Detente, que me enloqueces.
¡Vive el cielo! que pareces
remate de villancico.
Linda aplicación te di,
pues tus plantas, nunca quedas,
hollando las flores,
cruzando veredas,
corriendo y saltando
de aquí para allí,
enturbian las fuentes,
inquieta las ramas,
tras por acá, mas tras por aquí;
y las hojas de las retamas
parecen estrellas
que imitan las llamas,
y cantan al alba
su quiquiriquí;
tras por acá, mas tras por aquí.
Vete, ya que no te he visto,
pues que la puerta te muestro.
(Aparte.) Esta es treta de maestro.
Cogido os he, ¡vive Cristó!

(Entrasele á Don Juan por las piernas y
saca el rostro Buñol por entre ellas, y des-
cubre el de su amo.)

¡Don Juan! ¡Señor de mi vida!
Pues ¿tú con Buñol críel.
en la lealtad lebel?
¿Es esta paga debida
á lo que por ti he llorado?
¿Tú escrupuloso conmigo?

JUAN. Téngote por mi enemigo.

BUÑOL. Será por verme criado
de quien debo aborrecer;
pero fineza fué mía
servirte de doble espía,
y tal vez de entretener
resoluciones violentas
del Conde descaminado.

JUAN. Poco sirvió tu cuidado,
pues no reprimiste afrentas
que algún doméstico vil
contra mi honor solicita.

BUÑOL. Engracia al Conde visita,
y su interés femenil
me ocasiona á maliciar
el «plegue á Dios» de la aldea,
con lo de «orégano sea»;
pues tanto salir y entrar,
volviendo á la luz la espalda,
y oliendo el poste primero,
como gozque forastero
entre perrillos de falda,
darme un mantazo en los ojos
y andarse cuchicheando
con el Infante, buscando
rincones, son trampantojos.
Anoche estuvo con él,
y no sé lo que la dió,

que hasta el manto se rió
al despedirse.

JUAN. (Aparte.) Un papel,
contra su lealtad Bellido,
contra mi quietud Sinón.
En fin, con tanta atención,
¿se te ha, Buñol, escondido
la muerte que don Alonso
afirma de mí al Infante?

BUÑOL. Vivas más que un elefante,
sin agujeros de un responso.
Algún ardid provechoso
te dió libertad y vida:
no es bien que agora te pida
cuenta de él, porque es forzoso
que el sol que se nos desmaya,
con la noche traiga al Conde.
Por esas matas te esconde;
volveré cuando se vaya.

JUAN. Dame esa capa y espada;
(Dásela Buñol con el sombrero.)

que puesto que mi obediencia
por señor le reverencia,
y en él temo retratada
la persona de mi Rey,
pues gobierna en su lugar,
defender y respetar
me mandan honor y ley.

BUÑOL. Bien pueden compadecerse
esas dos cosas; mas mira...

JUAN. La lealtad templó la ira,
y el honor sabe valerse
de su derecho y acción.

Yo procuraré cumplir
con uno y otro, ó morir.

BUÑOL. Si lo estás en su opinión,
como afirmas, no ocasiones
que lo estés con certidumbre.

JUAN. No teme amor.

BUÑOL. Dios te alumbré
en los riesgos que te pones.
Voile á esperar á la puerta;
los biombos de estas ramas,
ya romeros, ya retamas,
te encubran; que, pues despierta
la noche y el sol se duerme,
no puede el Conde tardar.
(Ap.) ¡Maretas, y yo en el mar!
Un dedo estoy de perderme. (Vase.)

ESCENA VII

(Anochece.)

Sale ENGRACIA.—DON JUAN.

ENGRAC. (Sin ver á Don Juan.)
Amor, si al Conde has traído,
y en prueba de que eres dios,
le avisaste por los dos
de imposibles que ha vencido,
su amor queda satisfecho,
y con no más que una acción
libró á don Juan, de prisión;
á su Elena, del estrecho
en que está, y yo medro albricias
que el pie me saquen del lodo;

luego serán para todo
provechosas mis malicias.
Pero ¡ay cielos! ¿quién se esconde
aquí? ¿Si acaso me oyó?

JUAN. (Deteniéndola.) No temas, Engracia.

ENGRAC. ¿No?

Pues ¿quién sois vos?

JUAN. Soy el Conde.

ENGRAC. ¿Conde, y no más? ¿Sin abrazos?

No habéis vos dichas oído
que mi gozo inadvertido
desperdició; acorto plazos.
Conde, no hay artillería,
sacre, esmeril, escopeta,
que en una mujer discreta
allanen la batería
como un papel sazonado,
que vuela por lo ligero,
mueve por lo lisonjero,
hechiza por su estudiado
y por lo amoroso abraza:
poco las palabras valen,
que por donde entran se salen,
y un papel se queda en casa,
que repite la lección,
y sin perdonar al sueño,
patrocinando á su dueño,
facilita la ocasión.
Más pudo vuestro papel
que promesas, amenazas,
blanduras, rigores, trazas,
pues mi señora por él
os llama, os quiere, os admite,
y puesto que no os escriba,
por ser yo respuesta viva,
franca la puerta os permite,
donde, obligándoos galán,
en fe de lo que os estima,
con sus desgracias redima
la vida de su don Juan.

Ya conocéis su recato:
á oscuras, Conde, os espera,
que la luz es bachelera.
Entrad solo de aquí á un rato,
y gozad, pues os le ofrece,
de las sombras el sosiego;
que, como el amor es ciego,
las tinieblas apetece. (Vase.)

ESCENA VIII

DON JUAN, solo.

¡Válgame Dios! ¿Qué he escuchado?
¿Qué me ha dicho esta mujer?
¿Arrojará á creer
imposibles mi cuidado?
¿Tan cerca, honor lastimado,
puede en la belleza andar
el querer del desdeñar,
del negar el permitir,
que sea el fin del despedir
principio del otorgar?
¡Al Conde! ¡Cielos! ¡Al Infante,
quien, para vengarse de él,
mil piezas hizo el papel
que admiró su fe constante!

¡En una hora, en un instante,
amor y aborrecimiento,
desdén y consentimiento,
facilidad y firmeza!
¿Tendrán tanta ligereza
el ave, la pluma, el viento?
¿Qué importó romper razones
por no obligarse á creellas,
si después, para leellas,
volvió á juntar sus renglones?
¡Qué de necias presunciones
al honor han despeñado!
Leyóle, y como el cuidado
no dió crédito al temor,
rasgó honesta el borrador
y, torpe, guardó el traslado.

ESCENA IX

El CONDE y DON ALONSO.—DON JUAN, retirado
de los dos.

CONDE.

En el alma me pesa
de mi resolución y vuestra priesa.
Mandéos darle la muerte;
mas no os creí de modo ejecutivo,
que, presuroso en malograr su suerte,
muerto me asombre quien me ofende vivo.
Vos fuisteis, en efeto,
más fiel que yo quisiera á mi precepto.

DON ALONSO.

Gran señor, el deseo
que tuve de agradaros...

CONDE.

Déboos esa fineza, ya lo veo;
desempeñarme pienso con honraros
cual merecéis; llegó mi piedad tarde.
Andad con Dios.

DON ALONSO.

Mil años Él os guarde. (Vase.)

ESCENA X

El CONDE y DON JUAN, retirado.

CONDE.

¡Ah, joven malogrado!
Mi amor desbaratado,
bárbaro jardinero,
cortó las flores de tu Abril primero.
¡Oh, si como el poder las vidas quita,
pudiera restaurarlas!
El Cielo para el bien nos le limita,
y nos deja el pesar para llorarlas.
¡Pluguiera á Dios me hiciera el desengaño
poderoso en el bien como en el daño!
Diviértase mi pena
con la tiniebla oscura
que, propicia á mi amor, torcer procura
el rigor invencible de mi Elena.
En busca voy de Engracia;
si me promete mi papel su gracia,
de puro amante, loco,
poco premio es mi estado, el reino poco. (Vase.)

ESCENA XI

DON JUAN, solo.

A mi deshonra acude.
¡Qué fácilmente darle muerte pude!
¡Qué de ello á mi respeto me he debido!
A mí mismo me estoy agradecido.
Vamos, honor, á averiguar quimeras,
que aún dudo si las sueño:
no morirá el Infante, que es mi dueño;
yo sí, pesares, moriré de veras,
ya que lo estoy fingido,
si es verdad que mi esposa me ha ofendido
y estima en más mi vida que su fama;
que no teme el morir quien su honor ama.

(Vase.)

ESCENA XII

(Sala de la casa de campo.)

DOÑA ELENA, de luto, con una pistola.

(Está á oscuras.)

ELENA. Simbolizan los horrores
de esta negra oscuridad
con la viuda soledad
de mis difuntos amores;
vistanse de mis colores,
pues unos y otros mortales,
á imitación de mis males,
igual a una misma suerte
las tinieblas y la muerte,
que á todos nos hace iguales.
De las dos valirme entiendo,
porque, injurias castigando,
muera contenta matando,
pues ya viviré muriendo.
El descuido está durmiendo;
despierte en mí mi cuidado;
veréis, dueño malogrado,
que ni amor sabe temer,
ni es poderoso el poder,
si apura demasiado.

ESCENA XIII

Salen DON JUAN y BUÑOL.—Dicha.

BUÑOL. (Hablando aparte con su amo.)
Esta sala es la que habita,
y aquella en la que reposa;
su oscuridad temerosa,
verla te imposibilita.
Guiándote voy á tienta,
que de las veces que entré,
de memoria el sitio sé:
refrena tu sentimiento,
por Dios, y hacia aquí te esconde;
sabrás si vino el Infante,
y avisaréte al instante.

(Vase.)

ESCENA XIV

Dichos, menos BUÑOL.

ELENA. ¡Oh, si ya llegase el Conde!
JUAN. ¡Vive el cielo! que le aguarda,
y que su amor impaciente,

olvidado de mí, siente
siglos las horas que tarda.
¡Oh indicios averiguados!
No imaginé yo creeros;
mas para ser verdaderos
bastaba ser desdichados.
No por darme libertad
atropella obligaciones
quien de breves dilaciones
se queja á la oscuridad.
Solamente en su firmeza
se conservaba mi vida;
muramos, ésta pérdida,
ella y yo, pues no hay belleza
que se resista constante.
ELENA. (Ap.) Parece que habla entre sí
no sé quién. ¿Si conseguí
mi esperanza? ¿Es el Infante?
(Lléganse y Don Juan disimula la voz.)

JUAN. Soy quien, como acostumbrado
á desprecios y rigores,
incrédulo á los favores
que amor me ha facilitado,
admirando lo que escucho,
dudo de lo que no veo.

ELENA. Imitáis á mi deseo,
que os juro, Conde, que ha mucho
que trazaba esta ocasión,
puesto que el vivir mi esposo
sirvió de estorbo forzoso
que enfrenó su ejecución.
Mas pues ya le goza el cielo,
y vos, por librarme de él,
de puro amante, cruel,
aseguráis mi recelo,
dueño de mi libertad,
dispondré de ella y de mí.
JUAN. ¿Luego, ya sabéis que abrí
puerta á mi felicidad
con su muerte?

ELENA. En sus despojos
me enseñaron mal vertida
la sangre, que el homicida,
poniéndomela á los ojos,
quiso que en exceso tanto
mi pesar la costa hiciese,
porque por ellos vertiese
la sangre el alma en mi llanto.

JUAN. (Aparte.) (Don Alonso fué sin duda
quien, sin permisión del Conde,
experimentó hasta adonde
llegó su fe, y si se muda
viuda quien ejemplo ha sido
de la virtud desposada.)
Todo esto, Condesa amada,
puede un amor atrevido
que llevaba mal el veros
empleada en desiguales
coyundas, cuando las reales
recelan el mereceros;
puesto que, amándole tanto,
admiro el que os consoléis
tan presto.

ELENA. Vos sólo hacéis
oposición á mi llanto:
porque es de suerte el deseo
que me llama á esta ocasión,

y tal la satisfacción
que he de sacar de este empleo,
que, á pesar de mis desvelos,
estimo el asegurarnos
tanto, que aún no quiero daros,
llorando, á un difunto celos.
JUAN. Extremos de tanto amor
no con palabras presumen,
(Ap.) (¡Ah, cielos! que me consumen
las ansias de mi dolor.)
mis dichas satisfacerlos.
Dadme de esposa la mano.

ELENA. (Aparte.) (Para vengarme, tirano,
no para corresponderos.)
Está la diestra impedida,
que, en efeto, se la di
á don Juan, y le admití
por dueño en ella, y no olvida,
aunque difunto, la fe
de su amor, puesto que en vano,
y estando viuda esta mano,
no es fineza que la dé;
estotra sí, que, más cuerda,
excusó esa obligación,
y el lado del corazón
la autoriza, aunque es la izquierda;

(No se la da.)
que hasta en esto me debéis
primores que amor procura.
JUAN. (Aparte.)

(¡Ah alevel! ¡Ah ingrata! ¡Ah perjura!)
¿Qué andáis buscando? ¿Qué hacéis?

ELENA. El pecho la mano os toca
recelosa, y con razón,
que no afirma el corazón
lo que publica la boca;
que juzgo en vos muy distante
el alma de vuestros labios.
JUAN. (Ap.) Vengad, honor, mis agravios.
ELENA. (Ap.) Muera, honor, el cruel Infante.

(Téntale con la mano izquierda el pe-
cho hacia el corazón, y apúntale con la
derecha la pistola; quiere disparársela,
y Don Juan, sacando la daga, darla con
ella; y sale Buñol, con luz.)

ESCENA XV

BUÑOL.—Dichos.

BUÑOL. (Saliendo alborotado.)
El Conde ha venido ya.
¿Si con don Juan ha encontrado?
ELENA. ¡Jesús! Difunto adorado!
¡Feliz muerte en vuestros bra...!
(Cae desmayada en brazos de Don Juan.)
BUÑOL. Brazos pronunciar quería,
y el xos del desmayo fiero
quedósele en el tintero.
JUAN. ¡Ay, prenda del alma mía!
¡Qué costosos desengaños
mis sospechas aseguran!
¡Qué presto eclipsar procuran
felicidades mis daños!
Si murió, ¿qué es lo que espera
mi necia averiguación?
BUÑOL. (Ap.) (¿La pistola al corazón?
¡Oh inclemente epistolar!)

Mira que el Conde está en casa;
peligros, cuerdo, resuelve.

JUAN. Ven y alumbra, que si vuelve
mi bien en sí (¡ay suerte escasa!)
en albricias de su vida,
gozoso permitiré
que el Conde muerte me dé.
BUÑOL. Borremos esa partida
y en esta cuadra te encierra
donde acostumbra á dormir,
que esto, señor, de morir,
huele á puf y sabe á tierra.

(Vanse, llevándose Don Juan, desmayada,
á Doña Elena.)

ESCENA XVI

EL CONDE y ENGRACIA, con luz.

ENGRAC. Hasta aquí, señor Infante,
se extiende todo el distrito
de mi solicita agencia;
esotro está á vuestro arbitrio.
Sangre real os ennoblece;
¿quién duda que en el archivo
de vuestro pecho se esconda
este piadoso delito?
Logradle, y quedaos con Dios.
(Vase y deja la luz sobre un bufete.)

ESCENA XVII

EL CONDE, solo.

Hicieron mis desatinos
inútiles mis promesas;
mal la daré á don Juan vivo
si le sepulta mi engaño;
pero ya es usado estilo
en imposibles como éste
jurarlos y no cumplirlos.
Consiga yo mi esperanza,
que, si las suyas marchito,
consolárase con otras,
que el tiempo amansa suspiros.
Guiad vos, amor, mis pasos.
(Quiere entrar y detiénese viendo sobre
la puerta el retrato de Don Juan.)
La imagen de don Juan miro
valientemente copiada.
¡Ah, joven inadvertido!
Competisteme soberbio,
despeñástele á ti mismo.
¿Qué esperabas, confiado
en el liviano presidio
de una mujer que juzgaste
inexpugnable á los tiros
del poder en la pobreza?
Resistiránse al principio
ímpetus de honor franceses,
que al cabo mueren vencidos.
Vivo te juzga y te agravia,
que, en efeto, siempre ha sido
la mejor mujer, mujer,
y el más firme vidrio, vidrio.
No estorbarás más mi intento.
(Va á entrar y cae el retrato, cubriendo
la puerta.)

¡Válgame Dios! Ofendido
en estatua, por la honra
vuelve el pintado del vivo.
Ajuntóse con la puerta
de suerte, ¡extraño prodigio!
que parece consultado
lo que sólo fué fortuito.
¡Qué valiente es la razón!
¡Qué pusilánime el vicio!
¡Qué independiente el imperio
del tálamo en su dominio!
¿Hay valor que se le atreva?
¿Cuál *yo el rey* fué tan temido
como *yo el dueño y esposo*?
Mas es blasón más antiguo
y debe reconocerse,
pues tuvo á Dios por ministro,
y el primer progenitor
antes que rey fué marido.
Por Dios, que le estoy temblando;
cobarde su copia miro.
¿Qué hiciera en mí el verdadero
cuando me asombra el fingido?
Respetemos su presencia,

(*Quitase el sombrero*)

deseos inadvertidos,
porque un esposo, aunque en sombra,
de veneración es digno.
Estotra puerta está franca,
ciego amor, por ella os sigo;
desmientan atrevimientos
lo que malogran hechizos.

(*En la puerta del otro lado aparece
Don Juan con la espada desnuda, la punta
al suelo, en cuerpo y sin moverse.*)

¡Válgame el Cielo piadoso!
¡Jesús mil veces! ¿Qué he visto?
O desatina mi idea,
ó mis ciegos descaminos,
para alumbrar escarmientos
despeñándose conmigo,
ejecutor de mi muerte
me ponen al que he ofendido.
¡Allí don Juan retratado!
¡Aquí, Cielos, don Juan vivo!
¿Dos esposos en dos puertas
y en entrambas dos el mismo?
Hasta los sepulcros se abren,
adelantándose avisos;
¡yo, yo, rebelde á los cielos,
buscando mi precipicio!

(*Entrase Don Juan.*)

No, desengaños piadosos;
no, descompuestos sentidos;
no, aduladores deseos;
no, pensamientos lascivos.

(*Llamando á voces.*)

¡Condesa, Engracia, criados!

ESCENA XVIII

DON ALONSO y BELTRÁN.—El Conde.

BELTRÁN. Infante: el Rey ha venido
en secreto y á la posta,
tan indignado contigo,
que pelagra tu cabeza,

porque le han encarecido
los deudos de los que agravias,
apadrinados de amigos,
el estado en que los tienes.
CONDE. No es el primero tu aviso;
las pinturas me lo han dado,
los difuntos me lo han dicho.
Cegáronme amor y celos;
del real perdón soy indigno;
crúel será su piedad,
si es en mi muerte remiso.

(*Al retrato.*)

¡Ah, malogrado inocente,
por honrado perseguido,
por buen amante mal muerto!
¡Qué tarde, cielos, que vino
la piedad tras la venganza,
el pesar tras el delito!
ALONSO. No tan tarde, gran señor,
que si con él te mitigo,
no venga á echarse á tus pies
seguro, gozoso y vivo.
Fingí su muerte piadoso.
CONDE. ¿Qué dices, Alonso amigo?
Deberéte, si esto es cierto,
el alma, que fiel te rindo.

ESCENA XIX

DOÑA ELENA y DON JUAN, de gala y de las manos.—

DOÑA JOSEFA, también de gala.—ENGRACIA y BUÑOL.

—DICHOS.

JUAN. Las nuestras, ¡oh heroico Infante!
tendrán desde hoy más alivio
en tu amparo generoso.
CONDE. Todas mis venturas cifro
en estos brazos que os doy.
De patrones necesito
que enojos del Rey aplaquen;
en vuestras manos benigno
dejará justos agravios.
JUAN. Verán en ellos cumplidos
sus gozos nuestros deseos,
que les faltaba el arrimo
de tal dueño, tal señor,
tal príncipe, en quien el siglo
presente venera á un nieto
del Monarca más invicto
que conoció nuestra España.
JOSEFA. Yo, don Juan, que he merecido
veros libre de naufragios
crúeles, cuanto prolijos,
para hacer mayor la fama
de mi amor constante y limpio,
contenta con sus memorias,
no casarme determino,
por que hereden mis estados
mis hermanos y sobrinos.
Y al Conde le doy mil gracias,
pues, vencándose á sí mismo,
generoso os favorece,
si os persiguió competido.
Postraréme á los pies reales,
en fe de que en ellos fio
clemencias en vuestro abono.

BUÑOL. Y habremos comedia visto
que no acaba en casamientos.

ENGRAC. ¿Luego no piensas conmigo
celebrarlos?

BUÑOL. Ni por pienso.

ENGRAC. Pues ¿por qué causa, atrevido?

BUÑOL. Porque pueda rematarse,

sin curas y sin padrinos,
una comedia soltera.

ENGRAC. Deseábalo infinito.

JUAN. Senado: el perfecto amor
no sabe temer peligros;
ejemplo los dos seamos,
venturosos, si os servimos.